

PÁGINAS INFANTILES

Ivón, el grumete

Entre la bruma nevada y fría que pesa sobre las aguas de Islandia, la *Marinette*, del patrón Juan Le Gall, de Trigastel, estaba anclada á algunas millas de la isla sombría y desolada. Partidos hacia tres meses de Bretaña, los hombres de la *Marinette* pescaban el bacalao en aguas islandesas. Para aumentar sus probabilidades de trabajo y sufrir menos la competencia de los demás buques, se habían alejado hacia alta mar; y allí, solos entre el cielo y el agua, lejos de todos los ruidos humanos, pesaban sin descanso, trabajando, á veces, hasta 24 horas seguidas.

La vida á bordo de la *Marinette* era más triste y más dura que en los demás barcos. Aspero, de corazón rudo y sin piedad, Le Gall no sentía por sus hombres ese afecto que endulza las horas más penosas. Despreciativo y grosero con todos, era particularmente brutal con los débiles; y el grumete Ivón, á pesar de su buena voluntad, con mucha frecuencia, y casi siempre sin razón, recibía puñetazos y otros castigos que dejaban señales en su epidermis. Los marineros odiaban á su patrón. Este lo sabía y reservaba sus simpatías para los dos peores, Guégou y Tervik, sus cómplices en maldad y que, por complacerle, se ensañaban en el grumete. En cuanto á los demás... ¡había que oírlos!

— ¡Maldito avaro! — decían. — Apenas si nos da la ración suficiente para que no muramos de hambre.

— Si; pero en cambio no economiza las injurias. Si los insultos alimentaran pronto se engordaría en la *Marinette*.

— Esta es comida difícil de digerir. En cuanto regresemos á Europa lo voy á denunciar á los tribunales marítimos.

— Aún tenemos que esperar tres meses — suspiró Ivón.

— ¡Pobre muchacho!

— Si nos atreviéramos...

Nadie recogió estas palabras. En el fondo todos pensaban lo mismo; pero no se atrevían.

Al cabo de algunos días, escaseó el bacalao; los bancos parecían desaparecer. Le Gall redoblaba sus injurias y sus malos tratos. Luego, como la situación no mejorara, una mañana hizo

armar el bote y llamó á Guégou y á Tervik.

— Vamos á hacer sondajes — les dijo. — Y aunque el diablo se empeñe hemos de desentribr algún banco.

Y volviéndose á los que quedaban á bordo, agregó:

— Esta noche estaremos de vuelta.

— El bote se alejó.

— ¡Buen viaje! — murmuró el contramaestre. — Día de fiesta para nosotros.

Apenas habían transcurrido dos horas cuando se levantó algo de bruma y el mar empezó á agitarse.

— Ya empieza el mal tiempo — dijo Ivón. — Por poco que aumente, el bote está en peligro.

Nadie le contestó. Todos contempla-

ban el horizonte, que se ponía cada vez más sombrío.

Pasó otra hora. El mar estaba cobrizo; grandes olas levantaban la *Marinette*, cuyo maderamen crujía. Las tinieblas se hacían cada vez más espesas y amenazadoras.

El contramaestre dijo de pronto mirando á sus compañeros:

— Si esta noche no encendíramos los faroles de posición y no tocáramos la campana, no volveríamos á ver á Le



Gall... Las corrientes le llevarían á alta mar.

Un largo silencio acogió sus palabras.

— ¿Qué hacemos? — dijo al fin.

Quince voces le contestaron:

— No encendamos los faroles... No toquemos la campana... Perdido en alta mar por el mal tiempo... ¡Peor para él!

— ¡Lo habéis pensado bien? — preguntó el contramaestre. — ¿Estáis conformes?

— ¡Todos!

— Pues entonces... ¡sea lo que Dios quiera!... Si vuelve mejor para él; si no vuelve no será culpa nuestra.

Pero un grito lanzado por una voz joven y vibrante de indignación, le respondió:

— Si hacéis eso, seréis unos asesinos.